

Los primeros años en la universidad



Alumnos de primer año de Medicina, 1954. Universidad de Chile

Para matricularme en la Escuela de Medicina debí presentar una radiografía de tórax y test sanguíneos de Kahn y Wassermann, que servían para diagnosticar tuberculosis o sífilis, dos enfermedades infecto-contagiosas frecuentes en la población chilena. Luego una asistente social fijó el monto de la matrícula que debía pagar. Este pago único, anual, era considerablemente inferior al que pagan las actuales generaciones de alumnos y era traspasado a un fondo que la Universidad de Chile destinaba para subvencionar a aquellos alumnos que no disponían de una renta familiar suficiente. Terminados estos trámites, en marzo de 1953 inicié mis actividades como “alumno regular” y empecé a recibir la enseñanza tan esperada.

Después del incendio que en 1948 quemó el antiguo edificio de la Escuela de Medicina, los laboratorios de ciencias básicas (química, física, biología, histología, embriología) y preclínicas (fisiología, fisiopatología, farmacología) se habían repartido en dos sedes. Por un lado, en un viejo edificio fiscal en la calle Borgoño, en la ribera norte del río Mapocho, cerca de la avenida Independencia, donde se alternaban las clases para los dos primeros años de la carrera. Por otro lado, las otras cátedras se ubicaron en el sitio remanente después del incendio,

un kilómetro más al norte y en plena Avenida Independencia, en edificios aún más viejos, con anchos muros de adobe y ladrillos, que habían sido salas de hospitalización del hospital San Vicente de Paul. Las únicas asignaturas que tenían edificios nuevos, con auditorios amplios y modernos, eran el Instituto de Anatomía, en la calle Zañartu, y el de Anatomía Patológica, vecino al Hospital J.J. Aguirre.

El primer año nuestras actividades se concentraban en el edificio de Borgoño, con clases que empezaban a las ocho de la mañana o a las dos de la tarde, intercaladas con actividades en laboratorios –denominadas “pasos prácticos”– que cumplíamos en grupos de cinco a siete estudiantes. Desde el primer al tercer año nos desplazábamos de una a otra sede, recurriendo a los microbuses que circulaban por la avenida Independencia. En las calles cercanas al Cementerio General y a los hospitales J.J. Aguirre, Roberto del Río y San José quedaban unos cuantos bares de antaño que eran conocidos como “quita penas”, porque acogían a los deudos que habían acompañado algún funeral y a los estudiantes que acababan de fracasar en un examen importante.

Entre las asignaturas del segundo año, la que más me interesó fue bioquímica –en ese entonces denominada “química fisiológica”– porque daba una visión dinámica de los fenómenos que ocurrían en el interior de las células. Algunos docentes aislaban el ácido ribonucleico y el desoxiribonucleico de homogenizados del hígado de ratas y comparaban sus cantidades en animales sometidos a experimentos que pretendían

remedar situaciones clínicas humanas. No sabía yo (y temo que nuestros docentes tampoco) que era una forma demasiado elemental e ineficiente para estudiar sus hipótesis. Hoy se extraen células de una estirpe particular, de las cuales se aíslan componentes intracelulares y luego moléculas específicas, tales como transportadores de membrana. En esos años era frecuente que la interpretación final de un fenómeno bioquímico se atribuyera a “un desacoplamiento de la fosforilación oxidativa”, que dudo que acepten los investigadores contemporáneos. Cuento este recuerdo para enfatizar que debemos ser cautelosos al interpretar los resultados de experimentos que, más adelante, serán reemplazados de acuerdo con el progreso de la ciencia. En cincuenta años más ¿seguirá utilizándose como explicación de fenómenos fisiopatológicos que “hubo una tormenta de citoquinas”?

Nuestras actividades, cuidadosamente programadas por los docentes, se cumplían de lunes a viernes, hasta al menos las cinco o seis de cada tarde, y los sábados hasta mediodía. Para mí, implicaba levantarme antes de las siete de la mañana, en casa de mis padres, para ducharme, afeitarme, vestirme y desayunar a la carrera, salir a la avenida Macul para tomar el tranvía o el bus que me dejaría en la avenida Irarrázabal, donde cambiaba a un trolebús que me llevaba hasta su paradero terminal, cerca de la Estación Mapocho, demorándome una hora o más en cada viaje.

La asistencia a clases me resultaba familiar, porque muchas las había atendido en el año previo, como “alumno oyente”. Pero los trabajos prácticos eran una novedad generalmente entretenida. La mayoría de las veces el “experimento”

(probado desde hacía varios años por los docentes respectivos) terminaba con éxito, fuese una reacción química, el estudio de imágenes al microscopio o la respuesta de animales anestesiados frente a un estímulo eléctrico o químico. Algunas veces las cosas no salían como era esperado, porque alguien en el grupo de trabajo se equivocaba u omitía un reactivo químico: en el tubo de ensayo no aparecía el color que exigía el protocolo, o una respuesta muscular del gato o la rata a un estímulo eléctrico no se registraba en el quimógrafo, un instrumento que permitía registrar esos movimientos y medir su magnitud.

Allí surgía la angustia del grupo, quienes debíamos descubrir cuál era el error cometido y ocasionalmente repetir el experimento para aprobar. Esto implicaba retardar el regreso a casa hasta las seis o siete de la tarde, ganándonos, además, el resquemor del docente que nos supervisaba, quien generalmente nos controlaba hasta que habíamos terminado con éxito. No disponíamos de tiempo libre en la jornada regular, salvo el receso de mediodía que oscilaba entre una y dos horas, tiempo justo para almorzar un sandwich llevado desde nuestras casas o comprar una colación en alguno de los modestos y sobreocupados “casinos” que había en ambas sedes. El casino más popular entre los estudiantes y para los médicos jóvenes que se quedaban como “ayudantes de cátedra” era el de la sede Independencia. Sus dueñas eran muy queridas y respetadas por los “parroquianos”: Laurita y Luchita, dos hermanas cercanas a la cincuentena, amables y sonrientes, que daban créditos a los más necesitados y hacían de intermediarias para

la compraventa de textos usados e incluso cuadernos con “apuntes de clases”, tomados generalmente por alumnas obsesivas y con caligrafía impecable.

El programa exigía una dedicación de tiempo completo. En esa época no se consideraba aún la posibilidad de sumar actividades electivas, humanísticas, artísticas o deportivas. Lo que hiciéramos fuera del programa oficial implicaba faltar a clases (los trabajos prácticos eran cien por ciento obligatorios), quedarse al término de la tarde, o planificarlas para el fin de semana.

Desde el primer año, los grupos de “pasos prácticos” habían sido diseñados por los docentes, utilizando un orden alfabético y en número que variaba según la cátedra y la complejidad de las actividades. Así fue como trabajé frecuentemente con Hugo Pumarino, Eduardo Rojas, Gloria Romero, Eric Saelzer, Germán Schramm, Giorgio Solimano, Maribel Téllez, y María Eugenia Radrigán, una niña que venía de Valparaíso, menudita, muy inquieta e inteligente, que habría sido la menor del curso si hubiera ingresado a la Escuela en el año previo. Sin embargo, aunque había obtenido uno de los puntajes más altos del país en el bachillerato, por razones jamás aclaradas había desaparecido su prueba escrita y en la Escuela de Medicina no tenían registro de su puntaje, lo que fue advertido cuando ya la lista de postulantes aceptados estaba completa. El retraso que ambos sufrimos para ingresar a Medicina fue un regalo celestial, porque nos permitió conocerlos, compartir actividades extracurriculares, tales como ir al Estadio Nacional para presenciar el “clásico universitario”,

partido de fútbol en que competían los equipos de la Universidad de Chile y la Católica, en medio de un festival de “barras” con números artísticos y jocosos.

A los pocos meses sentí que me había enamorado de la porteñita y ella, una que otra vez, me dispensaba gestos y actitudes que estimulaban mi entusiasmo. El 11 de septiembre de 1953, María Eugenia debía celebrar sus dieciocho años sin la compañía de sus padres, quienes se encontraban en un viaje de turismo en Europa. Sabiéndolo, los compañeros del grupo organizaron un baile para festejarla en casa de Maribel Téllez, con el propósito evidente de forzarme a expresar mis sentimientos. Cuando se inició el baile, con boleros y otros ritmos románticos de esa época, invité a bailar a María Eugenia y las parejas que nos rodeaban me daban disimulados empujoncitos, tratando de que me acercara más y más. Al fin logré acumular el valor necesario para hablarle al oído y decirle que estaba profundamente enamorado de ella. Sin palabras, María Eugenia se estrechó más a mí, rodeó mi cuello con ambos brazos y siguió bailando con una mejilla unida a la mía. Un estruendoso aplauso nos anunció que ese instante había sido percibido por la jauría de parejas que bailaban en nuestro entorno. Alguno, cuyo nombre por suerte no registré, me espetó “¡Buena, pajarón, al fin te decidiste!” El ritmo de los bailes se hizo más rápido, con rumbas, sambas y alegres desfiles en “congas”. Había dado un paso muy importante en mi vida y lo disfruto cada vez que lo recuerdo.